

2002

Mis más vivos; Gradocero; San Sebastián; no nada; Vida de mujer; Haydee Thompson; Soles; Poema después de una fiesta

Clara Fernández Moreno

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Moreno, Clara Fernández (Primavera-Otoño 2002) "Mis más vivos; Gradocero; San Sebastián; no nada; Vida de mujer; Haydee Thompson; Soles; Poema después de una fiesta," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 55, Article 17.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss55/17>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Clara Fernández Moreno

“... cuando se recuerda un ave unida a un tronco / o la fruta que cae hendiendo las olas...”, nos introduce en esa otra realidad que está hecha de la nuestra de todos los días, pero que es distinta y, curiosamente, alimenta a la cotidiana que le dio origen, nos alimenta dolor, la difícil esperanza, en el tiempo. Esa realidad otra, ubicada entre la historia y la experiencia de los sentidos, entre el gesto y la permanencia aparece en esta poesía contenidamente efusiva, que nos sostiene y convoca, nos devuelve al sueño y nos pone por momentos en el dominio de lo posible más allá de toda imposibilidad.

La visualidad, la imagen, la administración de la materialidad del lenguaje habrán de ser, necesariamente, para que el poema alcance condición de tal: organizado, dicho desde una verdad muy honda y personal y por ello mismo y paradójicamente, social y comunitaria. Y esa verdad no se prescribe. No puede enseñarse. Existe o no existe. Digamos que la contenida efusión de estos poemas de Clara Fernández Moreno, producto de una dilatada y densa elaboración de expresión y de vida, constituye una prueba de esa verdad, sustento indispensable de su poesía. Una verdad, una poesía que, como estas páginas lo demuestran, ciertamente existen.

Edgar Bayley

mis más vivos

árboles en el olor de la siesta
en el fondo de la casa
en un calor
en un espejo
en un baño de porcelana
entrando higueras y hojas con los bordes quemados
hasta las canillas

y sus raíces llegaban al portón
que a las cuatro de la tarde
cuidaba ese patio celestial
cuando mis primos se apretaban contra mí
para comer mis mejillas de leche y de higo

el deseo de esas tardes cae como mi pelo a la intemperie
hace de mí vestido turquesa un incendio
una terquedad que casi nunca habla

GRADO CERO

imposible saber cuándo
comienza el grado cero
relámpagos mojados cubren la cara
hacen gentes torpes

es que
incapaz y débil
no puedo saber
mi amor amado
en qué momento
te hiciste un trozo de eternidad

San Sebastián

cuál es la diosa
la que dice
debe ser sacrificado
que se arrojen las flechas
salga sangre de su pecho

y erguida en la proa
erguida frente a la arena
de fuego y luz
dicta hambre sed y miedo

la diosa
no sabe de justicia
ni de bondad
tiene alas que parecen de amor
pero son de ira
de nieve
y cuando el que muere debe ir al sacrificio
su corazón se alegra
sus ojos sonríen
llena el día con su vuelo feliz
y su maldad

no nada

no hablé
no escribí
no dibujé en mi cuerpo
no entré al río
no le dije te quiero
no miré los sicomoros
hace tanto que nada

en la ventisca de la vida
un día besaste mi mano
hace tanto

VIDA DE MUJER

Vivo allí
donde el sol no entra
ni pan
ni nadie
con prisa siempre
con el corazón en el correo
persiguiendo recetarios perdidos
en valijas imposibles de abrir

vivo

en las sillas que ornaban el consultorio del antiguo médico
 junto a la percha donde sus pacientes colgaban el paraguas
 y las gotas caían sobre la bandeja de hierro
 oxidándola
 esos sombreros del campo de las quintas
 esos pacientes que llamaban a las puertas de mi padre
 cuando tus calles, Chascomús, eran plácidos charcos
 de agua de la lluvia caída sobre ti, Chascomús
 cuando la mujer del médico mi madre
 jugaba con los muertos de la fiebre amarilla
 y a veces encontraba botas
 otras un cinturón de cuero
 una sotana

vivo

entre tantas cosas que hice
 y tantas que haré
 recorriendo vidrieras falsas
 mientras los pálidos del miedo
 me empujan
 cuando voy
 cuando regreso
 mientras los otros ensillan sus caballos
 y se van a comer

Haydee Thompson

llueve el toldo verde
 las cartas
 los retratos se mezclan
 están los hijos y los hijos

una mujer mira todo
 reduce la ciudad para poder decirla
 no hay dimensiones
 no hay distancias

el techo de jazmines

del gran patio del pasado
abre la vida de la mujer

allí está en los grandes resplandores de la lluvia

SOLES

búscame, descúbreme mundo
húmeda medusa
las algas rondan suavemente
encuétrame, tiempo,
compréndeme, mundo
mi región más profunda está libre
atiéndeme, espacio
alúmbrame, sol
que surjan las nubes
y el tiempo y el espacio me esperen

POEMA DESPUÉS DE UNA FIESTA

a Juan Antonio Vasco y nosotras

Hay días como aquel que volamos la selva bajo del alba
llegando justo al parto del sentimiento abierto
días en que no se puede no verte
en que quiero salir desde los álamos
y echarme montaña abajo
para no sentir que quiebro

Hay días que se parten en la lanza de tu voz
diciendo que todo era nuevo porque yo era nueva
y cantaba el cuerno en el túnel la cornamusa

días revueltos contra sí
que suben y bajan escaleras en los supermarkets
entre abrigos y latas automáticas
dejando la esperanza en las orillas

días calientes de polen
que tiznan puertas
sillones limpios
que se abalanzan contra los carteros

días para arrojarse al mar y alejarse como Ulises
para que se pierdan
cuando tuvo que buscar a sus depredadores
encontrarse
volverse hecho nuevamente

hay días cancerberos
en que habría que apretarse las manos
ser el limo que nos envuelve
planta su bandera y nos inunda
y las turmalinas renacen
salvan los umbrales
y se cuelgan a ser ellas en mi pecho

días en que los lagartos de los “Parques del Este”
sube a la verja a comer pantalones
un trozo de tobillo con tanta ternura
que amanece bajo el techo de paja de caney
y el muchacho apenas rengo puede cantar al sol
abrir los pastos que jalonan el camino
y la madre lo mira con la niña dormida en el asiento de atrás

hay días en que el desierto de Anatolia
se me viene encima con todos sus camellos
y vamos a las fiestas
como quien va a la muerte
y es necesario arrancar con todos los faroles encendidos
allí renace la amistad

se pierde el premio de la paz
y nadie puede abrazarse ni comer

vuelven las miradas de hace veinte años
las estrellas nacen latiendo

en el pasto y la tardes calientes
hubo días tan buenos de vivir

y otros con tus últimos amores
cuando dejabas de ser y ya estabas metido en el tiempo

oh témpora!

oh mores!

dame tu medida Horacio para no temer al voraz

que hirió tu fuerza

tus ojos verdes en el mundo

pero estabas metido en el tiempo

y cuando me llamaron la oquedad y la furia

no pude detenerlas

tuve que irme

no pude decirte adiós

ese bosque en que no pude decirte adiós

ni darte a beber agua con mis manos